

3. "¿Dónde está tu Dios?"

De todo y de todos, y también de nosotros mismos, viene un gran desafío, que el Salmo 41 describe bien: "Las lágrimas son mi pan noche y día, mientras todo el día me repiten: "¿Dónde está tu Dios?"(...). Se me rompen los huesos por las burlas del adversario; todo el día me preguntan: "¿Dónde está tu Dios?"'" (Sal 41,4.11).

El desafío de los enemigos y tentadores es precisamente sobre el sentido de la vida. ¿Para qué vives? ¿Cuál es el fin de tu vida? ¿A quién amas más que a todo y que a todos? ¿A quién adoras? ¿Quién es "Todo" para ti? ¿Y dónde está este Todo al que anhela tu alma, del que estás tan sediento? ¿Es un Dios presente, es un Dios vivo, o simplemente un concepto, una moral o un juez amenazante que te hace ir por buen camino sólo por miedo?

Es como el desafío de las amigas de la esposa del Cantar de los Cantares: "¿Qué de especial tiene tu amado, hermosa entre las hermosas? ¿Qué de especial tiene tu amado, que nos pides tal promesa?" (5,9).

La pregunta "¿Dónde está tu Dios?" no es una pregunta frente a la cual debemos mirar a nuestro alrededor para descubrir dónde está Dios, como un objeto perdido. La pregunta "¿Dónde está tu Dios?" debe desafiarnos a nosotros mismos, debe suscitar una mirada sobre nosotros mismos, sobre nuestros corazones. Del amado de la "hermosa entre las hermosas" del Cantar, objetivamente no se dice que sea mejor o más hermoso que otros hombres. Lo que lo hace único, lo que le da un valor absoluto, lo que lo hace el más bello de todos, es el amor de la amada, la pasión con la que la amada lo busca, lo desea. Y es como si Jesucristo, sin duda el hombre más bello de la historia, el ser humano más apreciado de todos los tiempos, sin embargo, siendo verdadero Dios y verdadero hombre, es como si el Hijo de Dios se sometiera, se doblara, a no tener otro valor que aquél que nuestro amor le reconoce. Él ha sometido su presencia, su presencia real, sacramental, y por lo tanto la posibilidad de que todos puedan saber dónde está, dónde está Dios, a la pasión de nuestros ojos, de nuestro corazón, al valor que nosotros le demos o no. Esto es un gran misterio: entendemos que nuestro amor de predilección por Él, nuestra mirada hacia él, sea responsable de la salvación del mundo.

Pienso a menudo en la confesión del centurión romano después de la muerte de Jesús. Jesús acaba de morir bebiendo hasta el fondo la copa del desprecio total, del total autovaciamiento. Jesús crucificado y muerto ya no tiene el más mínimo valor a los ojos de los hombres, humanamente ha desaparecido, se ha reducido a cero. Sería suficiente meditar sobre los cánticos del siervo sufriente de Isaías. Incluso San Pedro gritó que no lo conocía, que no sabía quién era ese hombre, como si Jesús se le hubiera vuelto indiferente, o por lo menos valiera menos para él que el temor ante una portera metomentodo. Y aún así, inmediatamente después de su muerte, es un pagano quién devuelve a Jesús todo su valor, reconoce el valor infinito de aquel hombre vaciado, reducido a cero, sin honor y sin vida: "¡Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios!" (Mc 15,39).

Pensad en cómo debe haber oído esta confesión la Virgen María allí presente. Ella siempre supo que "este hombre", verdadero hombre porque le había tenido en su

seno y le había dado a luz, le había cuidado y le había visto crecer en su verdadera humanidad, ella sabía que aquel hombre era Dios verdadero, Hijo del Padre, concebido en ella por el Espíritu Santo, y ella era la única en aquel momento, junto a la Cruz, que mantuvo a pesar de todo esta fe. Y es entonces cuando, en su absoluta soledad en la fe, oye que uno de los soldados que lo han crucificado, el mismísimo jefe de los soldados que habían realizado el acto más horrible que una madre puede imaginar, justamente ése, grita una confesión de fe que corresponde a su purísima fe de Madre de Dios. Ni siquiera Juan, que está junto a ella, pudo ni supo expresar tal fe en ese momento. Imaginemos qué conmoción debe haber sentido el corazón de María en ese momento, qué consuelo tan misterioso debe haber sentido, precisamente cuando debería haberse desesperado. En efecto, ni tan siquiera de Juan debió sentirse sostenida de tal forma como por el grito increíble de ese pagano, de ese violento, de ese hombre que podemos calificar de religiosamente grosero, y quién sabe si incluso de inmoral o vicioso. Ella, la purísima, la castísima, la fidelísima.

Esta misma emoción debió experimentarla 33 años antes en Belén, durante la visita de los pastores. Y ya entonces esta brecha que su Hijo abría allí donde la humanidad era más decadente, la llenó de asombro, y continuó meditando sobre ello en su corazón. Pero aquí, en este momento, en esta situación, en este dolor, en aquel hombre, el misterio era total, el silencio total y, sin embargo, justo por esto, lleno de una esperanza totalmente nueva, como si de inmediato se elevara desde la Cruz el amanecer de un nuevo día, de nuevos tiempos, de una renovación increíble de la humanidad. La novedad que vence al mundo, la fe en Cristo, empezó de inmediato, fluyó inmediatamente desde la Cruz. Y María la sintió, la vio y la recibió de un pagano, de uno de los que habían matado a su Hijo. María vio renacer de un pagano la consideración del valor absoluto de su Hijo, en el momento en que este valor estaba totalmente anulado.

Lo mismo puede decirse del ladrón que confiesa que Jesús es el Rey del universo que le puede salvar después de la muerte (cfr. Lc 23,42-43). También en él, María ha sentido vibrar su propia fe.

Pero ya antes, durante toda su vida, especialmente durante su vida pública, es como si el valor de Jesús, el reconocimiento de su divinidad, viniera siempre de los más miserables, de los más pequeños. La fe de los pequeños, la fe de la cananea, la fe de la hemorroisa, la fe del centurión, la del ladrón, la de los publicanos y de las prostitutas, ha dado a Cristo su valor, ha permitido a Cristo afirmar su valor total, divino. La fe de los pequeños es la respuesta a la pregunta "¿Dónde está tu Dios?", y es una respuesta que no explica, sino que indica, muestra: es una respuesta que conduce a Él, y, por lo tanto, permite que otros lo encuentren, permite saber dónde está el Dios vivo, y, luego, conocerlo y estar con él, para demostrar a los demás que él lo es todo.

Estas cosas deben convertirse en un trabajo de conciencia sobre nosotros mismos, de conciencia de nosotros mismos con respecto a él, para recuperar la vocación cristiana y monástica fundamental que es la preferencia de Aquél que nos prefiere, la elección de Aquél que nos ha elegido, la pertenencia a Aquél que se ha hecho "nuestro", que nos pertenece, que es, justamente, *nuestro* Dios, *nuestro* Amado, a pesar de serle tan infieles.